



ANABAN LORENZO

Esta es la Piedra de la Paz obsequiada a Cuba, que se exhibe permanentemente en la Casa de Asia en La Habana Vieja.

Piedra de la promesa de paz

Urge recordar el holocausto y neutralizar las malas intenciones que lo provocaron

Por **MARTA G. SOJO**

COMO olvidar puede ser también un crimen, cada vez se hace más necesario no soslayar el recuerdo de lo ocurrido hace más de siete décadas, aquel suceso que conmocionó al planeta, enlutó a Japón y dejó enseñanzas terribles.

Corría el año 1945, y Harry S. Truman, presidente entonces de los Estados Unidos, ordenó atacar al imperio japonés lanzando una primera bomba atómica en Hiroshima el 6 de agosto, y una segunda en Nagasaki el día 9. Según datos de entonces, había argumentado la necesidad de invadir Japón para evitar la muerte de miles de soldados estadounidenses. Mentira total –no la única– pues se sabe que Japón, a esa altura de la guerra, ya estaba derrotado. El objetivo, que mantiene intacto hoy, era geopolítico. EE.UU. se proponía, desde el inicio del conflicto, definir el reparto del mundo a su favor y consolidar su hegemonía.

En medio de tanta desolación y dolor, los habitantes de Hiroshima emprendieron una campaña para solicitar al gobierno central la edificación de una Ciudad de Paz. Este movimiento dio como resultado la “Ley de Reconstrucción”, un intento de dar luz verde a la defensa de la raza humana y a su vocación de paz.

El ferviente anhelo del pueblo japonés de expresar la necesidad de paz mundial y el no uso de armas atómicas, lo motivó a esculpir en las, extraídas con posterioridad del lugar donde impactó la bomba en Hiroshima para obsequiarlas a diversos países, como una plegaria por la paz, y así compartir con otros pueblos su deseo pacifista.

Luego de extensas investigaciones realizadas por la Hiroshima Railway Company, fue comprobado que esas piezas, efectivamente, eran las que habían estado expuestas a la explosión. Después de pruebas cien-

tíficas para determinar si no conservaban radioactividad, alrededor de 10 000 personas hicieron donaciones para la labor de esculpir en cada uno de los 188 trozos el rostro de la Diosa de la Misericordia, conocida en ese país asiático como Kannon. Tal labor tardó siete años y lo que resultó fue nombrado “Piedra de la Promesa de Paz de Hiroshima”.

La historia de la constitución de esa voluntad de recuerdo viene de la idea de Reikiyo Umemoto, quien visitó Hiroshima dos semanas después del suceso. La mayoría de los edificios estaban quemados y todo olía a tragedia. Caminaba por el puente Aoi bashi a unos 200 metros de la explosión, cerca de una vía de tranvía. El viento sopló y Reikiyo descubrió que las piedras de granito estaban intactas debajo de las cenizas. Ahí decidió que ellas –40 centímetros de ancho por 50 de largo y 20 de grosor– debían servir para guardar la paz y ser un recordatorio de todas las víctimas.

Su proverbial paciencia le valió para esperar 20 años, luego de los cuales compró las piedras, cuando cambiaron las vías del tranvía. Aguardó otros 20 más hasta que desaparecieran las trazas de radioactividad, y emprendió la faena de hacer que las grabaran con el rostro de la diosa.

En 1991 fundó la Asociación Piedras de Paz, organismo no gubernamental que se ha dado a la tarea de establecer contactos con diferentes países para donarles una losa de aquel pavimento por donde cruzaba la línea de tranvías de la ciudad. La primera fue entregada el 6 de agosto de 1991 a Perú. En lo adelante se han confiado a otras naciones de todo el orbe. A Cuba llegó en 1999, y está expuesta en la Casa de Asia, de La Habana Vieja.

Las reliquias de aquel fatídico episodio, repartidas en diferentes puntos del planeta son un tesoro cultural, pero más aún, un potente llamado a la reflexión y a no olvidar la historia, precisamente porque los aires de guerra, el terrorismo, las luchas por la dominación de los pueblos, y la tenaz intromisión imperial para mantener su hegemonía, siguen provocando demasiados males, en primer lugar, la muerte de inocentes. ●